

MONOGRÁFICO
BIOGRAFÍA E HISTORIA

EREBEA

Revista de Humanidades
y Ciencias Sociales
Núm. 3 (2013), pp. 7-24
ISSN: 0214-0691

DIRECCIONES PARA LA BIOGRAFÍA

José Enrique Ruiz-Domènec
Universidad Autónoma de Barcelona

RESUMEN

El autor ensaya en este artículo, en su calidad de medievalista, una teoría de la biografía a partir de la reseña de dos de los más excelentes productos del género en los últimos tiempos, el *Saint Louis* de Le Goff y la reconstrucción de la vida de León el Africano en el *Trickster Travels* de N.Z. Davis. Las conclusiones le permiten situar historiográficamente su propio acercamiento a la biografía en una serie de obras consagradas a las figuras centrales del tránsito hispano entre los siglos XI y XII y XV-XVI. Lo cual le permite vindicar la biografía como vía legítima de escribir la historia, en tanto que “forma acabada de englobar lo universal en lo particular, la sociedad en el individuo”.

PALABRAS CLAVE

Biografía; Historia Medieval; San Luis; León el Africano.

ABSTRACT

The author tested in this article, as a medievalist, a theory of biography from the review of two of the most excellent products of the genre in recent times, the *Saint Louis* written by Le Goff and the reconstruction of the Leo The African's life in the *Trickster Travels* of N.Z. Davis. The findings allow historiographically you to bring your own approach to biography in a series of works devoted to the central figures Hispanic transition through XIth to XVIth centuries. Endorsing you to vindicate biography as a legitimate way of writing history, while “encompass finished form of the universal in the particular, the individual in society”.

KEYWORDS

Biography, History, Medieval, San Luis, Leo The African.

Fecha de recepción: 30 de abril de 2013

Fecha de aceptación: 31 de junio de 2013

A veces una broma, una anécdota, un momento insignificante, nos pintan mejor a un hombre ilustre, que las mayores proezas o las batallas más sangrientas.

PLUTARCO
“Vidas paralelas”

1

A partir de dos espléndidos libros me permitiré fijar las direcciones de la biografía. Ambos son fruto de una larga experiencia en el oficio de historiador. *Saint Louis*, de Jacques Le Goff, tardó quince años en escribirse y se benefició positivamente del ambiente de diálogo entre disciplinas creado en la EHSS de París;¹ *Trickster Travels*, de Natalie Zemon Davis, debió esperar a las traducciones en Europa para encontrar el título que indicara que su trabajo trataba en realidad sobre la vida de León el Africano². Ambos libros abren vías de acceso para comprender el temperamento de un individuo singular, en el convencimiento de que en ese objetivo está la razón de ser de la biografía. En los tiempos de buena salud historiográfica, se abrieron toda clase de vías para presentar la vida de algunos personajes centrales de la historia, en ese ambiente John Elliott escribió sobre el Conde-Duque de Olivares y Georges Duby sobre Guillermo el Mariscal, para citar dos casos de gran impacto académico y social.³ En los tiempos actuales, de una salud más precaria, circulan muchas biografías de baja intensidad, que dan igual importancia a los cordones de los zapa-

1 Jacques Le Goff, *Saint Louis*. Paris Gallimard, 1996 (Bibliothèque des Histories) 976 págs. Traducción italiana: *San Luigi*. Turín, Giulio Einaudi editore, 2004. (Colección Biblioteca di cultura storica, núm. 215).

2 Natalie Zemon Davis, *Trickster Travels. A Sixteenth-Century Muslim Between Worlds*. New York, Hill and Wang, 2006 35 págs. Trad. francesa de Dominique Peters, *Léon l'Africain. Un voyageur entre deux mondes*. Paris, Payot, 2006; trad. italiana de Maria Gregorio, *La doppia vita di Leone l'Africano*. Bari, Laterza, 2008. Traducción española de Aitania Guia, *León el Africano. Un viajero entre dos mundos*. Valencia, Universidad de Valencia, 2008.

3 John H. Elliott, *El conde-duque de Olivares*. Barcelona, Crítica, 1991. Georges Duby, *Guillaume le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde*. Paris, Fayard, 1984 (“Les inconnus de l'histoire”). Traducción española: *Guillermo el Mariscal*. Madrid, Alianza, 1997: Biblioteca Alianza 30 aniversario con prólogo de Miguel Angel Ladero Quesada y Albúm de José Enrique Ruiz-Domènec.

tos que al rostro o a los sentimientos de los protagonistas, biografías con anuencia entre los editores aunque vulneran el consejo dado por Lytton Strachey en *Eminent Victorians* de excluir de una biografía (o semblanza) todo lo redundante y nada importante. Por contraste a esa tendencia, los libros que comentaré a continuación tienen un alto valor metodológico y heurístico; además de ser excelentes y estar bien escritos.

2

En *Saint Louis*, el punto de vista se halla tan sólidamente establecido que al leer la interpretación de la vida del famoso rey uno experimenta la misma sensación intimidante del autor: “la biographie historique est une des plus difficiles façons de faire de l’histoire”.⁴ Es una apreciación necesaria para los que dudan de la necesidad de esta narrativa sin tener en cuenta, como apunta el propio Le Goff, que “la biographie confronte aujourd’hui l’historien avec les problèmes essentiels –mais classiques- de son métier d’une façon particulièrement aiguë et complexe. Toutefois, elle le fait dans un registre qui a souvent cessé de nous être accoutumé”.⁵

Saint Louis es explícitamente la historia de Luis IX, un rey de Francia del siglo XIII que transita de París, una ciudad que él mismo convierte en el centro del mundo cristiano, a Egipto y Túnez con sus sueños de cruzado. No es en *stricto sensu* una biografía al uso comercial de hoy, sino el estudio de un personaje y de una época que él mismo atraviesa, revela y modela: es a un tiempo un enfoque de un período de la historia y también de los métodos de la disciplina. El marco cronológico, 1214-1297, es un indicio, ya que la biografía no acaba con la muerte de Luis, sino con la fecha de su canonización; como también lo es su hechura en tres partes perfectamente delimitadas: la primera traza la vida; la segunda fija la producción de la memoria a través de la pregunta si Saint-Louis a-t-il existé?, que debe verse como una contribución a la historia como problema; y la tercera analiza el rey ideal, tributo a la concepción del documento como monumento. En pocas palabras, ésta es la biografía posterior al “suceso” de 1989 que cabía esperar. Es como si, mediante un acto de toma de conciencia colectiva, le hubiéramos dado vida con nuestra voluntad de querer saber como era un individuo en el siglo XIII. Le Goff indaga sobre los lugares comunes, los tópicos para adentrarse en la preocupación de la sociedad de aquel entonces por presentar la persona y el individuo: historia de las mentalidades trufada de sociología del gusto. Esto me parece importante. Sin duda el análisis de los intersticios de los discursos oficiales

⁴ Le Goff, *Saint Louis*, pág. 14.

⁵ *Ibidem* pág. 15.

ofrece elementos para poder reconstruir la vida de un rey lejos del tópico, lejos de la forma que en su tiempo quiso darle el cronista Jean Joinville, al escribir una *Histoire de Saint Louis*, donde la acción humana responde a un modelo ejemplar de conducta.

Saint Louis es la historia de una encrucijada entra la tradición y la innovación, donde una comunidad en transformación desde fecha reciente (la que sale del campo de batalla de Bouvines y del Cuarto Concilio de Letrán) se topa con formas literarias en crisis, las continuaciones del Perceval de Chrétien o el *Lancelot en prosa*. Las críticas a esa literatura que mezcla evasión y misticismo constituyen una excelente prueba del espíritu de la época. Empezaron con las observaciones de Guillaume de Lorris en la primera parte del *Roman de la Rose* sobre el carácter de la dignidad humana, siguieron con la desconfianza respecto a la metafísica de los buscadores del Grial con el testimonio de Dinadan en el *Tristán en prosa* y alcanzaron un punto álgido con la duda presente en *Aucassin et Nicolette* sobre el alarmante desprecio por las fronteras culturales, convertidas en unas confusa y exótica tierra de iniciación. Todas ellas señalan los credos (a menudo no analizados del todo) sobre los que se construye una nueva religiosidad: la importancia de los laicos, las visitas a los leprosos o lavar los pies de los pobres, que de un modo otro revelan la verdad, la plenitud y la esencia del yo vinculado a gestos propiamente cristológicos puestos en valor por San Francisco de Asís y su orden de frailes mendicantes. Sin embargo, a pesar de esas novedades en el campo doctrinal, no hay que olvidar que estamos delante de un rey santo. Las razones para serlo son diferentes; no se trata ya como en el pasado de alcanzar la santidad a través de la generosidad con los pobres y la docilidad al poder de la Iglesia; se trata de ejercer religiosamente su poder, de ofrecerse como un ejemplo a imitar y de saber hablarle al pueblo. Con todo, y pese a ser un rey probo, moderado, relegó a un rincón los grandes debates intelectuales presentes en la universidad de París e ignoró las corrientes artísticas más notables, una forma de ser desprovista de todo realismo. Probablemente por eso, San Luis el rey alegre, el que rey que “ríe” como decía Joinville, se convirtió en el rey de la penitencia y de la renuncia. Un cambio de actitud debido en parte, sino en todo, al efecto en él de una estrecha actitud intelectual, contraria al espíritu de una época que apostaba decididamente por los horizontes abiertos. Actitud que se sostenía en Rutebeuf, Humbert de Romans y los autores de los *Dits*, todos ellos ideólogos equivocados, el equivalente entre los escritores a los agoreros del *Péril des temps nouveaux*, de Guillaume de Saint-Amor. En esta versión de la cultura parisina del último tercio del siglo XIII, el único escritor que se mantiene en pie es Jean de Meun, con esa forma tan radical de cuestionar la capacidad humana de

describir el mundo interior con precisión. Pero por eso se gana a pulso no tener, como dijo Duby, *bonne presse*, de que sus críticos “ne lui pardonnat pas d’avoir un peu chiffonné la Rose.”⁶ La *querella* suscitada por su trabajo es la mejor prueba de la dificultad en aquellos años de afrontar sin nostalgia ese carácter indefinible que se llama dignidad humana. ¿Era realmente Jean de Meun el modelo de escritor para un tiempo de zozobra? ¿O simplemente su versión de la Rosa es el cuento que más podía reconfortar a una sociedad preocupada por la posible canonización de su viejo rey?

Saint Louis, a diferencia de muchas obras francesas sobre el siglo XIII, tiene conciencia clara de esta problemática, y es por tanto una biografía comprometida con la necesidad de abordar a un gran hombre a la vez como un verdadero personaje de la historia y como un tema de reflexión histórica. Desde luego es una biografía escrita entre la caída del comunismo en 1989-91 y la catastrófica ocupación estadounidense de Irak, pero la crisis de la que se hace eco no es la incompetencia política a ambos lados del Atlántico, es el nuevo positivismo que se abría camino en el estudio de la historia. En las páginas iniciales pueden leerse las primeras insinuaciones. Mientras reflexiona sobre los motivos que le llevan a escribir una biografía, se ve ante las críticas que habitualmente se hacen a quienes las hacen, en especial el socorrido *faux problème*, creado no se sabe por quien, de “la opposition entre l’individu et la société”. A Le Goff este reparo le irrita, y reclama la autoridad del sociólogo Pierre Bourdieu quien en su opinión ha demostrado la *inanité* de tal postura; y por eso, de inmediato, se dispone a aclararlo:⁷

L’individu n’existe que dans un réseau de relations sociales diversifiées et cette diversité lui permet aussi de développer son jeu. La connaissance de la société est nécessaire pour voir s’y constituer et y vivre un personnage individuel.

Este corto pero expresivo párrafo está estructurado como un alegato necesario, ya que se había llegado a un verdadero absurdo en la metodología de la “nueva” historia, en particular en el *équipe* de los Annales al negar la posibilidad de escribir una biografía cuando en sus comienzos la escuela se legitimó gracias a la biografía de *Martin Luther* de Lucien Febvre. A renglón seguido, Le Goff anota lo que realmente puede ser la mayor dificultad: “j’ai retrouvé dans l’enquête biographique une des préoccupations essentielles de l’historien, celle du temps”.⁸ En efecto, reconoce la necesi-

6 G. Duby, *Préface au Roman de la Rose*. Paris, le Club français du livre, 1976. Reeditado en *Mâle Moyen Age*. Paris, Flammarion, 1988, pág. 116

7 *Saint Louis*, cit. pág. 21

8 *Ibidem*, pág. 23

dad de una *mesure* del tiempo, lo importante es saber que su biografiado vive el período previo anterior a la creación de un tiempo unificado por el reloj mecánico, y por eso mismo está obligado a pensarlo en ese “otro” mundo en el que dominaba el calendario litúrgico. Al presentar sus dificultades, *Saint Louis* busca neutralizarlas. Es una biografía que tiene conciencia de la otredad de la época en la que vive el personaje estudiado. Le Goff nos invita a tomar distancia ligeramente de quienes “ont cru déceler une émergence, une invention de l’individu”, pero solo como preludeo de una observación, presentada en un lenguaje refinado y un poco en la línea del reclamo de la antropología para el estudio de épocas de este nivel de civilización: ⁹

Louis a vécu en un siècle qui a vu en ses débuts l’apparition de l’examen de conscience (...) mais aussi, sur sa fin, la naissance du portrait individuel dans l’art. Louis a-t-il été un individu ? Et en que sens ? Pour reprendre une distinction judicieuse de Marcel Mauss entre le « sens du moi » et le concept d’individu, je crois que Saint Louis a eu le premier mais qu’il ignoré le second. En tout cas, il a sans doute été le premier roi de France à faire de la conscience, attitude individuelle, une vertu royale.

¿Es un principio de método ? Sin duda, porque (y éste es el punto de partida de una biografía basada en los reconfortantes ideales de la “nueva” historia) el yo es una realidad histórica. Lo que debe buscarse en un rey del siglo XIII es por tanto la profundidad de su alma y ese objetivo ofrece consistencia a todo el proyecto narrativo de *Saint Louis*. El personaje histórico y el rey canonizado después de su muerte, sus gestas y los documentos que hablan de ellas. Se exhiben abiertamente en este libro todos los indicadores de posición, circunstancia, razón de ser, y es un trabajo artesanal en la reconstrucción de un hombre y su siglo: ¿acaso no es el espíritu que marcó el devenir de la “escuela” de los Annales cuando a mediados de los setenta del siglo XX decidieron pensar qué tipo de historia debía hacerse?

Aparece Borges para definir un objetivo interesante. Le Goff lo cita para dar entrada a una observación de gran calado: ¹⁰

En fin, si comme le veut Borges, un homme n’est vraiment mort que lorsque le denier homme que l’a connu est mort à son tour, nous avons la chance de connaître sinon cet homme, du moins celui que, parmi ceux qui ont bien connu Saint

⁹ *Ibidem*, pág. 22

¹⁰ *Ibidem*, págs. 24-25.

Louis, est mort le dernier, Joinville, qui a dicté son témoignage exceptionnel plus de trente ans après la mort de Louis et qui est mort lui-même quarante-sept ans après son royal ami, à l'âge de quatre-vingt-treize ans. La biographie que j'ai tentée va donc jusqu'à la mort définitive de Saint Louis. Mais pas plus avant. Car écrire une vie de Saint Louis après Saint Louis, une histoire de l'image historique du saint roi, sujet passionnant, aurait relevé d'une autre problématique.

El rey Luis es un hombre excepcional. La biografía de Le Goff “está” para revelarlo; lo hace con acumulación de pruebas, diciendo todo aquello que las biografías al uso no habían logrado expresar por falta de un método apropiado. Es esta biografía la que expresa abiertamente el rasgo central del siglo XIII: el poder de la gestión, la institucionalización y la divulgación. Todos lo sabíamos, pero ahora tenemos la prueba que lo corrobora en las acciones y omisiones del rey que mejor define la época. Corresponde a la biografía como género hacer explícita la analogía entre el tiempo vital y el tiempo histórico. Y si alguna vez un autor se pasa de la raya, creedme, será en razón de sus pesquisas, no de sus ignorancias. Eso significa que al hacer una biografía tenemos una responsabilidad añadida de evitar el anacronismo.

3

Si *Saint Louis* es una biografía consciente sólo en parte del peso que la cultura tiene en el mundo vital del personaje elegido, *Trickster Travels* es plenamente consciente de ello. Pero, ¿cómo escribir sobre eso? Enseguida se presenta un obstáculo. Cuando se afronta una biografía histórica de alguien que ha dejado una obra escrita, la principal herramienta es la lectura interpretativa de los textos, tan debatida en los últimos años por los análisis posestructuralistas. Por eso la reconstrucción de la vida de León el Africano aquí propuesta gira en torno al peso de la cultura en la conducta de un individuo en revoluciones cada vez más lentas, como si se tratara de la víctima de un trauma dando vueltas en torno al enigma del acontecimiento traumático. Davis lleva a cabo un juego largo y meticuloso en busca de explicaciones que sean convincentes, iniciándolo con un párrafo deliberadamente intencionado sobre el peso del humanismo en el perfil de un individuo: se trata del párrafo donde describe el regalo del rey de Portugal Manuel I al papa León X, un elefante blanco procedente de la India que termina por encontrar su acomodo representativa gracias al pintor Rafael.¹¹

Éste es el mundo de la cultura que acogerá al protagonista de la historia; mejor decir al testigo. Él será sin duda el testigo de una compleja

11 Davis, *Trickster Travels*, pág. 3

transformación en las formas y el contenido del arte y la literatura. Se llamaba al-Hasan al-Wazzan, vivía en Fez al servicio del sultán y acababa de ser hecho prisionero por un pirata español que lo trasladó a Roma para ser vendido en el mercado de esclavos. Ha pasado mucho tiempo viajando de un lugar a otro de África sin perder un ápice de su melancólica manera de ser que le viene de sus orígenes granadinos, inventando espacios para poderlos habitar, rutas de comercio y planes diplomáticos. Al cabo de un tiempo de formar parte de los círculos de cultura romana, el erudito Giovanni Battista Ramusio decide publicarle un libro sobre sus impresiones de viaje, con el título *La Descrittione dell’Africa*, llamando a su autor Giovan Lioni Africani. El testigo que viene del otro lado del mundo cultural se inclina bruscamente sobre los valores del humanismo y, casi sin quererlo, produce una de sus obras más relevantes.

Durante las primeras páginas, una especie de introducción titulada *Crossing*, encrucijadas, el propósito de *Trickster Travels* es una reflexión de método, escrita impecablemente, cuya principal objetivo es tomar distancia de la novela de Amin Maalouf sobre el personaje. Elabora con meticulosidad todo aquello que esperamos de una biografía a la altura de nuestro tiempo, desmontando pieza a pieza las prejuicios que impiden utilizar en su escritura el principio narrativo. Luego, sin solución de continuidad, revela la estrategia seguida: comienza por la persona, por los lugares y por los textos que leyó, luego se aventura en una lectura interpretativa, *densa*, de aquello que el personaje había visto, leído o hecho. Al fijar ese plan, Davis revela la razón que le ha permitido escribir la biografía, y así anota (la cursiva es mía): “Al-Wazzan’s writings carry the main body of *my tale*, not just their content, but their author’s strategies and mentality as they can be deduced from his manuscripts and their language”.¹²

A esta manifestación de método, siguen nueve epifanías narrativas articuladas en el mismo número de capítulos. Va de un relato de su *living* en la tierra del islam y de su *living* en la tierra de la guerra para seguir con su escritos en Italia para construir una idea de África; sentirse entre dos mundos, concebir un espacio, sentirse entres dos religiones que son al mismo tiempo dos civilizaciones con las consiguientes narrativas. La curiosidad y las relaciones se revelan igual de fascinantes. Nos enteramos también de las traducciones, las transmisiones, las distancias: todos esos elementos son necesarios para entender mejor a un hombre hollado por los excesos de la civilización humanística. Hay que entenderle en cada paso de estas acciones culturales, y sin embargo cuando parece que al fin ha conseguido su identidad se produce un cortocircuito en su vida que le

¹² *Ibidem*, pág. 13

conduce, capítulo final, al retorno. Todo esto se narra en un estilo directo que sin embargo no excluye la cita intertextual. El resultado es un conjunto de bellas espirales sobre al-Hassan al-Wazzan con las que el lector consigue entender la personalidad del biografiado. La aproximación a él es adictiva a medida que las lecturas de su obra y de su gestos se intensifican, en una dirección creciente hacia el núcleo de la vivencia más íntima. Son notables aquí las huellas de la *nouvelle histoire* que la autora ya había probado, con éxito, en *Le Retour de Martin Guerre*, pero también aunque más sutilmente los objetivos de los actuales *cultural studies*. ¿Por qué lo que más se acerca a la epifanía del yo en plena apoteosis del humanismo es un granadino reeducado en Marruecos? Porque, sin duda, *Trickster Travels* quiere destruir el mito de la autenticidad cultural de lo europeo, con razones desarrolladas en los estudios poscoloniales. Si uno tiene la intención de aprehender la entidad de un yo del primer tercio del siglo XVI es una falta de rigor dejar escapar un yo que vive entre dos mundos, dos épocas, dos civilizaciones. Supongo que bajo las ideas conscientes de esta biografía, se revela la necesidad de situar la cultura como sostén de un encuentro más allá del conflicto político y religioso; o, como escribe la misma Natalie Zemon Davis, como improvisada conclusión de su trabajo: “Al-Wazzan’s book was used for many purposes, but for the myriad educated reader it reached over the centuries, it bore witness to the possibility of communication and curiosity in a world divided by violence”.¹³

Este objetivo es básico en cualquier biografía. Es lo que hace posible que libros como *Saint Louis* o *Trickster Travels*, al cabo, sean algo más que listas de hechos personales. Por supuesto, no es raro que historiadores atentos a la narrativa moderna aspiren a la correcta interpretación del carácter concreto de los hechos que definen a un individuo, pero buscan trascenderlos en marcos culturales amplios, incluso en la comparación. Pensando en la posibilidad de que al-Wazzan estuviera al tanto de los proyectos de Carlos V sobre el norte de África, Davis escribe que el emperador “was delighted with the possibility not only of countering Ottoman power in the Mediterranean but of taking on the mantle of leader of a great crusade, ... a new Saint Louis”.¹⁴

Incluso los alérgicos a la intertextualidad deben reconocer la sensibilidad literaria presente en esta observación aparentemente inocente. La conexión: un reconocimiento implícito de las relaciones de los hechos con la cultura. A Davis sin duda le interesa seguir el rastro de la historia del Mediterráneo a través de sus efectos culturales, señalando la necesidad de

¹³ *Ibidem*, pág. 260

¹⁴ *Ibidem*, pág. 254

que una acción concreta se inscriba en una mimesis creativa de hechos o personajes del pasado. Eso es lo que tiene en común con Le Goff, y por ese emotivo saca a relucir como referente de los anhelos de Carlos V al rey francés, cuya vida se ligó estrechamente con la geografía del norte de África.

4

Varias conclusiones de estos dos importantes libros permiten situar historiográficamente mi propio acercamiento a la biografía. Ambos parten de la experiencia de un yo frente a su entorno, situación agónica que se halla en el centro del acontecimiento biográfico. Esa es el punto de partida de mi libro *Ricard Guillem, un sogno per Barcellona*.¹⁵

Cuando empecé a fijarme en Ricard Guillem en mi primera investigación sobre el siglo XI, éste me ofreció más y más facetas del prisma que necesitaba para abordar la compleja cuestión del capital comercial. Desde el momento de su primera aparición en 1065 con la compra de unas viñas en una zona bien regada del territorio barcelonés hasta su propia muerte durante los acontecimientos que siguieron a los éxitos militares del conde Ramón Berenguer III su vida parecía pensada para el historiador. Se labró una fortuna con la concentración parcelaria; se casó con la hija mayor de un patricio barcelonés que los documentos califican de *dives* por su excepcional riqueza, contrayendo así un doble compromiso de gran interés histórico, con las elites urbanas y con el dinero; apoyó la reforma política de inspiración siciliana auspiciada por el conde Ramón Berenguer II, su vecino y amigo; luchó contra los nobles que habían conspirado para asesinar al conde; estuvo al frente de un grupo de guerreros durante una vana incursión contra Rodrigo Díaz, su mayor fracaso; eligió el año más indicado para volver a la política de la mano del hijo del conde asesinado, Ramón Berenguer III, que le colocó entre sus hombres más cercanos; lo eligieron por su tacto para negociar con Rodrigo el matrimonio de su hija con el conde de Barcelona y pactar una alianza contra los almorávides; fue agente o enviado del conde en delicadas cuestiones, como por ejemplo la negociación de un nuevo matrimonio, esta vez con la condesa Dulce de Provenza; hizo de mecenas de su cuñado, un famoso gramático de la escuela catedralicia de Barcelona y promovió la versión más antigua de las gestas de Rodrigo, el *Carmen Campidoctoris*; estuvo detrás de la escritura del esponsalicio de su hija Elvira, que es sin duda el documento más her-

15 J. E. Ruiz-Domènec, *Ricard Guillem, un sogno per Barcellona*. Nápoles, Edizioni Athena, 1999. 318 págs. Versión catalana: *Ricard Guillem o el somni de Barcelona*. Barcelona, Edicions 62, 2001.

moso de esta época de los conservados en la Cancillería del Archivo de la Corona de Aragón.

Nada más decidirme por él, cuantos más detalles descubriría yo al seguir sus huellas en los numerosos documentos conservados sobre su labor y su vida, más me ofrecía él. El estudio del personaje, se convirtió en el prisma perfecto para entender la sociedad barcelonesa en el tránsito del siglo XI al XII, sin necesidad de recurrir al resabido argumento de la renta feudal. La vivencia de Ricard Guillem, en tanto que acto que sólo a él compite, parte de la experiencia de una decepción, que es simultáneamente política (una derrota junto a los nobles ante el imponente adversario del momento, Rodrigo Díaz), moral (sabemos muy poco de los motivos que indujeron a atacarle y caer en sus trampas tácticas) y social (se realiza después de un acto innoble como fue el asesinato del conde de Barcelona Ramón Berenguer II Cap d'Estopes). En la vivencia de ese hecho, que ocurrió en verdad, y del que queda una noticia de pasada en la *Historia (o Gesta) Roderici* descansa la decisión de Ricard Guillem de proponer al círculo de latinistas de la catedral de Barcelona, al frente del cual estaba su propio cuñado en calidad de *magister*, un poema encomiástico a mayor gloria del héroe que por esos años asediaba la ciudad de Valencia.

Un dato biográfico incide de este modo en un largo debate sobre la autoría, lugar y momento de redacción de lo que se conoce como *Carmen Campidoctoris*. Los expertos siguen en la creencia de que es la obra de un *scriptorium* monástico, con probabilidad Ripoll, sin atender a las sugerencias de Ernst Robert Curtius y de Ramón Menéndez Pidal que hablaron de un latín escolar, no monástico. Pero si la forma es tema de debate, ¿cómo se explica esa obra sin la memoria de los testigos que de un modo u otro intervinieron en los acontecimientos allí narrados? Es aquí donde interviene la materia del *Carmen*. Para tener conocimiento de lo ocurrido alguien debe contarlo; y sobre los sucesos del *Carmen* sólo hay un individuo en condiciones de hacerlo, y con posibilidades económicas, sociales y políticas que las sustentaran. Ese individuo es Ricard Guillem, cuya aproximación biográfica ofrece la materia propia de la historia: datos, detalles y acciones que sirven para *deconstruir* los tópicos heredados.¹⁶

De la misma manera que Ricard Guillem fue un hallazgo para mi en los primeros momentos de mi investigación en el campo de los estudios sociales de la Edad Media, a finales de los sesenta, también lo fue la revelación de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, como muchos le conocen, para entender el pulso de la historia de España en su momento

¹⁶ Más tarde insistí en estos pormenores en mi esbozo biográfico del Cid. Véase J. E. Ruiz-Domènec, *Mi Cid. Noticia de Rodrigo Díaz*. Barcelona, Península/Atalaya, 2007.

más decisivo: desde el último tercio del siglo XV a las primeras décadas del siglo XVI. En cuanto descubrí al personaje en la literatura francesa que habla de él, tanto en tiempos de Luis XIV como de la Revolución, supe lo que buscaba para realizar una biografía que respondiera al reto propuesto por Le Goff en *Saint Louis*, aunque no realizado por él: una biografía que no se amilanara a la hora de fijar la recepción literaria como legítimo objetivo del estudio histórico.¹⁷ Así trabajé durante más de diez años en la biografía que, al cabo, cambió mi forma de entender el oficio de historiador: *El Gran Capitán*, un libro sobre el sentido del mundo en los años inmediatamente anteriores a la formación del imperio español.¹⁸

Gonzalo Fernández de Córdoba era un personaje clave de la historia de España que no podía creer que, salvo por una rutinaria biografía política de 1942 y una aproximación poco inspirada en una colección popular, no se hubiera escrito nada sobre él desde que en 1903 el erudito Antonio Rodríguez Villa publicara las crónicas sobre su actividad en Italia y otros lugares.¹⁹ Tenía la sensación de que me pertenecía por ser natural de Granada y haber estado decenas de veces en San Jerónimo, y me asaltó el temor de que otro historiador pudiera ver sus posibilidades y publicara algo antes que mi libro; por ese motivo lo mantuve en silencio; hablaba sobre él sólo a las personas de mi entera confianza. Cada avance en la investigación me ofrecía pruebas de lo increíble que resultaba el hecho de nadie se hubiera ocupado de él, y en cuanto tuve claro que había suficiente material para escribir el libro tomé la precaución de pactar con un editor su publicación sin limitación de páginas, aunque convenimos que fuera lo más escueto posible en las notas.

El *Gran Capitán* es una biografía que parte de la experiencia fallida de las aproximaciones políticas e ideológicas que el régimen del general Franco había impulsado, un fracaso que se halla en el centro de mi trabajo. El hecho de afrontar a un personaje destruido por una historia de mala calidad me llevó al campo de los estudios culturales, en el convencimiento

17 *Saint Louis* pág. 25: “La biographie que j’ai tentée va donc jusqu’à la mort définitive de Saint Louis. Mais pas plus avant. Car écrire une vie de Saint Louis après Saint Louis, une histoire de l’image historique du saint roi, sujet passionnant, aurait relevé d’une autre problématique”.

18 José Enrique Ruiz-Domènec, *El Gran Capitán. Retrato de una época*. Barcelona, Península/Atalaya, 2002. 869 páginas; 2ª edición. Barcelona, Círculo de Lectores, 2002. Tercera edición. Barcelona, Península, Gran Atalaya, 2007. Traducción italiana de Andrea Mazza: *Il Gran Capitano. Ritratto di un’epoca*. Turín, Giulio Einaudi editore, 2008. Colección Biblioteca di cultura storica, núm. 262. La aparición de la edición italiana en la misma colección que unos años antes había aparecido *Saint Louis* me ayudó a entender los puentes de mutualidad entre ambas biografías.

19 *Crónicas del Gran Capitán*, edición de Antonio Rodríguez Villa. Nueva Biblioteca de Autores Españoles, bajo la dirección de Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid, Librería Editorial de Bailly Bailliere e hijos. 1903

de que era posible escribir una biografía en forma narrativa, muy diferente a la manera triunfalista de los libros tradicionales, y también alejada del desprecio por este tipo de figuras. Recurrí al subtítulo de “retrato de una época” como un homenaje al libro de G.M. Young, *Victorian England, portrait of an age*, de 1936, un referente para abordar las complejas narraciones que presentaban la vida y las hazañas de un individuo singular.

Quizás el aspecto más innovador de *El Gran Capitán* es que su tercera parte está dedicada al estudio de la recepción del personaje en la literatura europea de la edad moderna y contemporánea. De hecho, cuanto más se profundiza en esas impresiones de lectores e intérpretes de una vida excepcional, más apasionante resulta la biografía de Gonzalo Fernández de Córdoba. Después de construir mi propio *tale* con un tipo de narración minimalista, me alivió descubrir la lista de grandes personajes de la literatura, incluido Cervantes, que las biografías comerciales nos habían negado hasta entonces. ¿Por qué sucede una cosa así en el mundo de la cultura? ¿Qué sensación conduce a figuras relevantes a pensar en el Gran Capitán? El paseo por el mundo de las bibliotecas me permitió descubrir que la razón de este interés radica en el enigma que la biografía necesita desvelar. ¿Por qué un individuo llega a ser un individuo singular? La fortuna, el talento, la gracia: no lo sé. Uno de los mayores sueños de la época del Renacimiento es la posibilidad de convertirse un individuo en un individuo singular. Eso me llevó a estudiar un caso concreto, que se realiza en ese ambiente, que es el mismo ambiente que le permite a Gonzalo Fernández de Córdoba ser el Gran Capitán: el caso de la reina Isabel de Castilla.²⁰

Este boceto de biografía, más que una biografía propiamente dicha, que por lo demás se había ya escrito, responde al deseo de encontrar un espejo donde mirar la España que quiere ser imperial antes y después de 1492. No quise hacer el típico retrato de la España de los Reyes Católicos en función del fin de la reconquista, la expulsión de los judíos, el descubrimiento de América, la creación de un Estado autoritario asentado en una renovada hacienda, los conflictos sociales de las minorías moriscas, y un sin fin de temas clásicos de la historiografía de tema hispánico. No me atraía volver a insistir sobre ellos; al contrario me interesaba aprender la naturaleza del poder, en la medida que fue allí donde se fraguó el triunfo y el fracaso del Gran Capitán. La biografía de Isabel, descubrí entonces, es indisociable de la historia de España.

20 J.E. Ruiz-Domènec, *Isabel la católica o el yugo del poder*. Barcelona, Península /Atalaya, 2004. 2ª edición de bolsillo. Barcelona, Quinteto, 2006.

Otro impulso para escribir biografía me vino de la necesidad de mostrar la personalidad de Leonardo da Vinci.²¹ El pintor florentino tiene un espíritu verdaderamente transformador de la materia y la forma que hace posible la representación del enigma de la belleza; quiere trasladar esa capacidad al servicio de un gesto de amor platónico, y retrata a Guinevra da Benci, con lo que consigue de golpe convertirse en el personaje que está más allá de los límites del taller: ya será para siempre *Leonardo*, y aunque le cuestionen su descubrimiento, nunca se le podrá negar el significado de su pintura en el cambio radical de la estética europea. Pero no: sigue sin ser suficiente el reclamo a la *virtù* como norma suprema del espíritu de una época, y avanza hacia el territorio que los románticos llamaron “el mundo del genio”, la única manera que tiene de que su verdad alcance el valor social que él necesita para sentirse colmado. Otro ejercicio biográfico de carácter factual, ya que son las pinturas las que permiten elaborar la imagen interior del individuo biografiado. Todo tiene una realidad material. Todo ocurre en un espacio concreto, Florencia y Milán, en la segunda mitad del siglo XV, y llena de tiempo vital la efervescencia de un cambio en el tiempo histórico que conduce directamente al mundo moderno examinado en su caso en el taller y en el laboratorio mediante un ajuste de los gestos o las miradas que culminan en la Gioconda. La intención de la biografía de Leonardo es convencernos de que todo su pintura la ha hecho al ritmo de la vida. Llena de trabajo su tiempo, y se siente feliz. Ya es mucho.

5

Estas observaciones me parecen un excelente punto de partida para considerar la biografía un método válido para el análisis del pasado. Hay numerosas razones, entre las cuales no puede olvidarse sus ilustres precursores, por ejemplo Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* han sido, son, y deberían ser, una fuente de inspiración para los historiadores; o también porque la biografía es la forma acabada de englobar lo universal en lo particular, la sociedad en el individuo.

La propuesta de asumir la biografía como una forma noble de hacer historia tiene robustos defensores. Fue Barbara Tuchman, que lo entendía todo y hacía lo posible para que no se notara demasiado, quien escribió unas breves páginas al respecto, en las que introdujo uno de las más atractivas reflexiones sobre el uso de la biografía.²² Un texto de alguien que

21 J.E. Ruiz-Domènec, *Leonardo da Vinci o el misterio de la belleza*. Barcelona, Península / Atalaya, 2005. 221 págs.

22 Barbara W. Tuchman, “La biografía como prisma de la historia”, Conferencia en el Symposium on the Art of Biography, National Portrait Gallery, 14 de noviembre de 1978: *Telling Lives: The Biographer's Art*. Washington, D.C., New Republic Books, 1979; reeditado en *Practicing His-*

ha visto mucho mundo y que está convencido de que existe la necesidad de seguir el punto de vista de un individuo ante una época crucial; por ejemplo, lo que ella hizo con el señor de Coucy para explicar, según sus propias palabras, “el efecto que tuvo en la sociedad el desastre más mortífero que recuerda la historia, es decir la Peste Negra, en su inolvidable libro *A distant Mirror*.”²³

En esta modalidad de hacer historia hasta los objetos, los vestidos, los ambientes se convierten en parte de la investigación del pasado. La sociedad forma al individuo y el individuo se transforma, y esta transformación a la vez incide sobre la sociedad y la cambia. A veces, un personaje se encuentra situado en medio del vasto mundo y decide construir otro dentro de él, un pequeño mundo, decorado a su imagen y protegido por una espesa pantalla de ideas y gestos.

Baste pasar revista a modo de ejemplo a la colección de interpretaciones históricas realizados sobre César para darnos cuenta de esa realidad que se extiende desde los partidarios de identificarse con el modelo político representado por el personaje hasta los duramente críticos, imbuidos del “pesimismo republicano” del que hablaba Ronald Syme, siguiendo el tono moralista de Edward Gibbon que identificó su régimen político con la esclavitud.²⁴ En otros casos, un personaje es el efecto de la aproximación más bien imprecisa de un biógrafo bien intencionado, por ejemplo el monje que nos dejó el retrato de san Anselmo.²⁵ Un modelo que marcó la historia europea en la Edad Media, baste pensar en la vida de San Luis de Joinville, en la de John Chandos de su heraldo o en la de Luis XI de Philippe de Comynes. Son miradas casi insondables; miran frente a sí al personaje ilustre al que admiran, pero es dudoso que vean a quien observan. Son miradas que dirigen hacia un modelo de conducta, con escasa, o nula, relación con el mundo exterior. Una forma de construir una vida mediante los arquetipos desplegados de forma orgánica para explicar a un individuo singular.

tory. Selected Essays. Traducción española, *Cómo se escribe la historia*. Madrid, Gredos, 2009, págs. 99-110.

²³ Barbara W. Tuchman, *A distant Mirror: The Calamitous 14th Century*. Nueva York, Alfred A. Knopf, 1978. Traducción española: *Un espejo lejano. El calamitoso siglo XIV*. Barcelona, Península/Atalaya, 2000.

²⁴ Luciano Canfora, *Giuglio Cesare*. Bari, Laterza, 1999. Traducción española: *Julio Cesar. Un dictador democrático*. Barcelona, Ariel, 2007. Colección Biografías

²⁵ R.W. Southern, *Saint Anselm. A portrait in a lanscape*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990. La primera edición de este libro, de 1963, llevaba el clarificador título: *Anselm and his Biographer*.

Pero da igual el esfuerzo que hagamos sobre la hermenéutico de estos biógrafos, la conclusión es que necesitamos reconstruir con las fuentes de archivo la realidad pues de lo contrario la semblanza se revelará demasiado corta, demasiado pobre para la experiencia que hoy tenemos de una sociedad y de una época, demasiado limitada nuestra imaginación para que podamos hacernos una idea adecuada del personaje al que dedicamos nuestro interés. Es así como algunos medievalistas han transformado el estudio de una época en el perfil del individuo que la traza.²⁶

La biografía debe partir de una simple constatación: alguien ha muerto, y la vida de ese alguien tiene algo que enseñar. No importa quien sea, rey o molinero, ya que, al cabo, la biografía se concibe hoy como un relato cultural.²⁷ Un relato cultural que crea espacios de reflexión al estilo de las obras clásicas (Plutarco, sin duda, pero también Procopio). A los autores de la antigüedad clásica también les preocupaba el trauma, la repetición, la muerte, el valor de los hechos, la posición del individuo ante la ley y la sociedad. Pero con ellos la vida siempre acaba en tragedia, aplastando el carácter aleatorio del individuo y negando la posibilidad de escapar al destino, ni quisiera Homero lo deseó para Ulises. Pero aquí radica la razón de la biografía en la cultura clásica, que fue recuperada en el siglo XVI para mayor ahondamiento en el papel de los personajes relevantes en la construcción de la historia. En plena época donde la política se entendía como una obra de arte, para decirlo como Jacob Burckhardt, era inevitable la aparición de un hombre como Paolo Giovio. Sus *Vitae. Le vite di dicenove huomini illustri* aclaran los hechos que dan forma al Renacimiento en Italia. Su mirada brillante y profunda deja transparentar el tiempo vital que ordena el tiempo histórico. Imbuido de humanismo, Giovio quiere ser el regenerador de la tradición clásica (de Plutarco, nada más y nada menos), el mediador de formas revitalizadas de acceder a la personalidad de unos individuos singulares. Hay en su obra algo muy oculto que le acerca a los pintores que en esos mismos años trataban de hacer una galería de retratos, donde se fijaran los modelos a seguir para quienes desearan entrar

26 Véase como ejemplo a Bernard S. Bachrach, *Fulk Nerra, the Neo-Roman Consul, 987-1040. A political Biography of the Angevin Count*. Berkeley, Los Ángeles, University of California Press, 1993.

27 Me gustaría anotar aquí un comentario de Peter Burke, *What is Cultural History*. Cambridge, Polity Press, 2004 (traducción española *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona, Paidós, 2006), pág. 149: “La historia es paradójica. Los historiadores sociales radicales rechazaban la narración porque la asociaban con un énfasis desmesurado en las grandes hazañas de los grandes hombres, con la consiguiente exageración de la importancia de los individuos en la historia, y especialmente la relevancia de los líderes políticos y militares, en detrimento de los hombres y mujeres corrientes. No obstante, la narración ha regresado de la mano de un creciente interés por la gente ordinaria y por sus formas de interpretar su experiencia, su vida y su mundo”.

en la civilización cortesana. Inventa así nuevas estrategias para el estudio del individuo en la sociedad. La simulación y el secreto son dos fuerzas interiores que evolucionan al ritmo de la modernidad, al menos desde el siglo XII en algunos personajes que claramente pueden definirse como intempestivos.²⁸

¿Qué es la biografía? La especificación del factor humano como norma social. Cuanto más específica, precisa y característica es una biografía, más historia es. Y si observamos la nueva y sorprendente vitalidad que, a comienzos del siglo XXI, se le ha conferido a esta forma de hacer historia, podemos preguntarnos con todo derecho si verdaderamente la biografía como expresión del mundo vital tiene aún un largo recorrido por hacer. Y al creer que sí, puedo dar por bueno mi contribución a este esfuerzo que sin embargo debería ser, por muchos motivos, compartido.

28 J.E. Ruiz-Domènec, *Personajes intempestivos de la historia*. Madrid, Gredos, 2011.